

Zancudo cabalgó, haciendo cabalgar al Zurdo y á Jusepillo, de los cuales no se separaba un punto.

Cabalaron los ocho hombres de armas, y todos salieron al encuentro de doña Juana, que estaba ya próxima.

VII.

—Gracias, alférez, dijo doña Juana á Zancudo: hemos hecho muy buen viaje: aquí me considero en seguridad: ¿qué noticias teneis de vuestro capitán?

—Que va tan bien, que se propone embestir dentro de quince dias con los aragoneses, si es que dentro de quince dias hay aragoneses por el mundo.

—¡Oh! me alegro, me alegro, dijo doña Juana sonriendo con toda su alma: vamos á buscar una buena posada.

—Mejor posada que mi casa, señora, que está en la plaza del Mercado, y es grande y capaz, dijo el alférez de las milicias, no la encontrará en toda la villa vuesa merced, como no se vaya al castillo, que es feo é incómodo.

—Pues váime á vuestra casa, contestó la Palomilla: guiad.

—Yo no puedo moverme de aquí, porque estoy de guarda, señora, contestó el alférez; pero irá uno de los míos.

Y llamando á uno de los ballesteros de las milicias, le mandó guíase á la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara.

Después de esto y de recibir los honores de su clase, doña Juana, con su acompañamiento, se internó por la población.

CAPITULO XIII.

EN QUE EL AUTOR SIGUE COMO PUEDE SU RELATO.

I.

Era ya muy entrada la hora de la siesta, y el calor se habia hecho intenso, cuando doña Juana llegó á la plaza del Mercado y á la tienda de mercería de Lucas Satorres, que así se llamaba el alférez de las milicias de la villa.

Una rolliza mujer, como de veintiseis años, amamantaba un robusto niño detrás del mostrador, que daba á la misma calle, dejando solo una estrecha entrada para la tienda.

Maravillóse al ver tanto boato delante de su casa, y fué necesario que el ballestero chato, á quien habia enviado Lucas Satorres, dijese á la señora María Bárbara, que su marido habia dicho que aquella señora infanta iba á aposentarse á su casa.

La hermosura, las galas, el gran acompañamiento de doña Juana, afectaron de tal manera á María Bárbara, al saber que

toda aquella grandeza iba á parar á su casa, que se echó á temblar como una azogada.

Dejó á su niño en la cuna, salió toda asustada, y fué á ponerse de rodillas junto á la hacanea de la infanta, porque para ella, infanta y reina eran una misma cosa, y no se le figuró sino que la mismísima reina de Castilla iba á parar á su casa, lo que no hubiera tenido nada de estraño, porque la sencilla doña María de Molina entraba en todas partes, por humildes que fuesen, y se encontraba tal vez mejor en una casa pobre, llena por la lealtad, que en la ostentosa cámara de un alcázar, inficionada por la traicion.

II.

—Alzad, alzad, buena mujer, exclamó vivamente doña Juana, que á los infantes no se les dobla la rodilla ni se les besa la mano; pero me haríais placer en ayudarme á bajar.

Alzóse la paisana toda conmovida, toda encendida, toda asombro, estendió los robustos brazos, y doña Juana, dejándose caer sobre ellos, se puso en tierra, entrándose en la tienda y mandando quedase con ella parte de su servidumbre, y que la demás y las lanzas se fuesen á una posada.

III.

Dióle un brinco el corazon de contento á Zancudo al verse libre.

Podía ir á ver á su capitán, llevarle noticias de la córte, y tal vez, tal vez alcanzar del Sin nombre que, con la compañía, fuese á apoderarse de los tres infantes enemigos de la reina.

A mas de eso, necesitaba llevar al campo y tener algunos

dias detenido, y en seguridad, para que se acostumbrase al sitio, al Zurdo.

En cuanto á Jusepillo, ni importaba gran cosa á Zancudo, ni era de presumir se fuese, no yéndose su maestro.

En cuatro zancadas de su corcel, seguido del Zurdo únicamente, porque los hombres de armas, como que eran de doña Juana, se habian ido á la posada, plantóse Zancudo en el castillo, cuya puerta no estaba tan franca como la de San Pedro de la villa.

Estaba alzado el puente, y por las almenas de la puerta se paseaba un balletero, no de las milicias, sino del ejército real, y tan buen soldado, que en cuanto vió un hombre de armas junto á la poterna de la barbaca, se tiró la ballesta á la cara, y dió el alto.

Dióse á reconocer Zancudo, bajóse el puente, y no sin algunas formalidades, nuestro alférez pudo penetrar en la fortaleza.

Recibiéronle con regocijo y con curiosidad, como que iba de Valladolid, y debia llevar noticias frescas.

—Lo que habia por allí cuando yo llegué, dijo Zancudo, era mucho miedo, como que el rey y la reina se habian ido á San Pablo á rezarle al Santísimo Cristo de los Desamparados, de donde salian cuando yo llegué, segun me dijeron en la posada adonde fuí á hospedarme despues, y la reina me llamó caballero, señor García Fernandez de Villamayor; con que ya veis, con este poderoso brazo que Dios me ha dado, y con este corazon que me late debajo del coselete, y con esta cabeza mia para idear buenas cosas, y con el latin que sé, dentro de cuatro dias soy rico hombre como vos; y que yo no me pararé donde vos os habeis parado, que no teneis mas que una aldehueta que se llama villa, que lo que es yo, he de ser señor de gran señorío, y que me echen á mí aragoneses y franceses y navarros, y todos cuantos pícaros haya y por haber, y ya vereis, ya vereis si á mí me atajan en el camino.

—Dios lo haga como lo deseais, dijo el rico hombre Villamayor, que era un buen caballero; pero ya que os he dejado hablar, dadme mas nuevas de Valladolid.

—¿Y qué nuevas quereis que os dé, sino que así que la reina supo que los aragoneses no podian hacer nada, porque estaban apestados, se volvió á meter en la iglesia para rezar por ellos?

—¡Buena reina, corazon de oro que hasta por sus enemigos ruega! dijo conmovido el rico hombre.

—Porque su señoría no los ha visto de cerca, ni sabe lo perros que son, ni lo bien que sacuden.

—No querais ser vos mas valiente que su señoría, alférez, contestó el rico hombre, que ya la reina ha visto de cerca las lanzas, y ha oido mas de una vez el zumbir de los venablos, y la ha cercado por todas partes el combate; y con ser mujer, ni ha palidecido, ni temblado, por mas que se le haya llenado de amargura el corazon al ver hacerse pedazos sus vasallos, los unos contra los otros. ¿Y quién está con la reina?

—Don Diego Lopez de Haro.

—¿Y quién mas?

—Don Diego Lopez de Haro.

—¿Cómo! ¿y los Laras?

—No parecen por el mundo.

—¿Y el infante don Enrique?

—Se ha ido á Granada esta misma noche, y su mujer se ha venido á Mayorga.

—¿Cómo! ¿que está aquí doña Juana Nuñez de Lara?

—Sí señor; acabo de dejarla aposentada en la plaza del Mercado, casa del mercero Lucas Satorres.

—¿Y por qué no se ha venido su merced al castillo? ¿No sabe que esta fortaleza es un alcázar?

—Sí que lo sabe; pero á la cuenta, quiere estar mas ancha.

—¿La envió la reina?

—No señor: doña Juana viene á cosa suya. Ea, y perdonadme, señor García Fernandez de Villamayor, que yo me voy á hablar un poco con mi capitán, y en seguida á mi campo, á ver si le levanto y cojo á los tres infantes enemigos.

—¿Bah! ya estuvo allí esta mañana mi compañero Diego Ramirez de Cifuentes, y de lástima se ha vuelto, porque allí, en

vez de lanzas, es menester llevar la Eucaristía y el Santo Óleo.

—Pues iré yo, que no entiendo de lástimas, y veremos lo que les llevo: tengo tal hambre de aragoneses, que soy capaz de comer su carne cruda: ¡villanos! venirse así contra nosotros braveando espeso como los dedos de las manos, creyendo que se iban á llevar á Castilla por delante. Duro, duro, señor García Fernandez: á los que no mate la peste se les machaca, y se queda uno tan descansado, como si hubiera comido y bebido bien. Con que que Dios os guarde. Echad detrás de mí, Zurdo, con vuestro paje: voy á presentaros á mi capitán.

El Zurdo se habia acostumbrado ya á las cosas de Zancudo: le seguia como un cordero, y hasta le habia tomado cariño.

IV.

Metiéronse por unas anchas escaleras que correspondian á la parte del castillo, que era alcázar, porque entonces, en toda villa de alguna importancia que tenia fortaleza, habia algo que podia llamarse palacio.

Desembocaron en una gran crujía gótica, al fin de la cual, delante de una puerta, y guardándola, estaba un hombre de armas de la compañía franca.

En aquella estancia estaba Zayda Fatima.

El guarda no puso obstáculo al paso de Zancudo, pero cruzó su espada cuando fué á pasar el Zurdo.

—¿Qué haceis, Illescas? dijo Zancudo al guarda: ¿pues no sabeis que este hombre honrado es mi sombra, y que va pegado á mi cuerpo, ni mas ni menos que mi sobrevesta? déjele pasar con su cria, que son un par de buenos mozos.

—Pero en nada comparable el uno á una jumenta, señor alférez, contestó el Zurdo.

—¿Pues qué quereis que llame sino vuestra cria á vuestro aprendiz, maestro? contestó Zancudo atravesando con su presa,

que así podía llamársela, una pequeña antecámara desguarnecida.

V.

Entraron luego en una cámara medianamente amueblada, en la cual había un lecho.

En aquel lecho estaba Zayda Fatima.

Junto al lecho, de pié, tres personas.

Era la una el caballero Sin nombre, que conservaba siempre su antifaz, y que entonces vestía el hábito de benedictino: las otras dos, don Tobías, maestro de curar ó físico de la compañía, y un jóven que le servía de ayudante.

Acababan de curar á Zayda Fatima la herida de la cabeza.

Cuando se la curaban las otras heridas, don Tobías suprimía el ayudante, y se quedaba solo con el caballero Sin nombre.

Las heridas del pecho de Zayda Fatima habían revelado al médico hebreo que el caballero del Aguila Roja era mujer; pero se había comprometido á guardar el secreto, y á pesar de que los hebreos son gente en cuya fé hay poco que fiar, don Tobías había hecho honor á su juramento.

Nadie había sabido por él el sexo del capitán.

VI.

Zayda Fatima vió á Zancudo y apareció en su semblante una espresion de impaciencia.

—¿Qué noticias traeis, alférez? exclamó.

—Ante todo, dijo Zancudo, ¿se puede tener con su merced una larga conversacion?

—Sí señor, contestó el médico: ha pasado completamente el peligro, y no hay fiebre.

—Pues entonces, perdonadme, señor caballero Sin nombre, y vos, señor físico; pero necesito hablar secretamente con mi capitán.

—En buen hora, dijo el conde don Lope levantándose: puesto que hemos concluido ya, salgamos, don Tobías.

Zayda Fatima y Zancudo quedaron solos.

VII.

—¡Poder de Dios, dijo Zancudo, y qué hermoso que estais, capitán! con la palidez de la sangre que habeis perdido, habeis ganado en belleza: no es estraño que haya quien se esté muriendo por vuesa merced: lástima que echeis barbas, porque no vais á parecer lo mismo: yo estaba mucho mejor antes de dejarme esta pelambreira, entre la cual se pueden cazar jabalíes.

—Charlatan venís y al parecer contento, dijo Zayda Fatima: ¿qué ha acontecido?

—Acontecer nada, si no que la reina ha sentido mucho lo que os sucede, y se ha alegrado del triunfo, aunque ha sentido la manera de alcanzarlo, porque se ha ido á rezar por los apesados; vea vuesa merced, cuando yo les echaria encima demonios encendidos.

—La reina no es como vos.

—Pues ese es el mal, dijo Zancudo, que si la reina además de ser lo que es, fuera lo que yo soy, no hubiera ya dejado títere con cabeza, y estaríamos en paz y en gracia de Dios y no con estos escándalos que son vergonzosos.

—¿Pero por qué os habeis quedado á solas conmigo? ¿Qué teneis que decirme reservadamente? ¿Os ha dado la reina alguna carta para mí?

—No señor, la reina no me ha dado nada, porque en cuanto

supo que estaban apestados esos malditos, se entró á rezar por ellos: ¡cien rayos! mire vuesa merced, rezar por los enemigos: en fin, puede ser que la reina me hubiera dado algo si yo me hubiera estado ayer en Valladolid, pero no me estuve.

—¿Y por qué no os estuvisteis? dijo severamente Zayda Fatima; ¿quién os mandó venir?

—Nadie; heme venido yo, contestó algo cortado Zancudo.

—¡Ah! os habeis venido sin respuesta de la reina, como yo os lo mandé. Paréceme que voy á hacer un escarmiento con vos, Zancudo. ¿No sabeis que yo no sufro desobediencias, que las castigo á sangre?

—Lo sé, señor infante, lo sé (aunque no se sabia de dónde, todos sus soldados conocian por infante á Zayda Fatima, aunque usaban muy poco de este calificativo); pero si yo me vine no fué por gusto mio, sino por servir á vuesa merced, porque como en cuanto yo dije á la reina que los aragoneses habian levantado el cerco, su señoría me llamó caballero, queria yo ir al Alcázar á ver á la reina para que me hiciese bueno lo de la caballería; porque ¡á qué estamos si no á crecer y á medrar, ni quién se metería á cada paso á que le rompiesen la cabeza, si no esperase una buena recompensa? Pero es el caso que fué á buscarme de parte de su señora á mi posada un paje de la señora infanta doña Juana Nuñez de Lara, y me llevó á su casa y hablé con la infanta, que me dijo que queria venirse al amanecer á Mayorga.

—¿Y á qué queria venir á Mayorga doña Juana Nuñez? preguntó Zayda Fatima. ¿Querrán los Laras revolvernos la villa?

—Lo que quiere doña Juana es revolver á vuesa merced.

—¿A mí!

—Vuesa merced tiene una suerte que da envidia; cuidado si es hermosa, hermosota, rica, la señora infanta, y que no llega á los veinte años, una diosa; pues toda esa divinidad, toda esa Venus está perdidamente enamorada de vuesa merced desde la noche que le vió en nuestro campo de Valladolid, y yo dije para mí, el infante don Enrique está viejo, anda allá por la frontera de Granada, y mucho será que á pesar de los tratos que trae con los moros, como no puede hacerlos, no le den un dia un por-

razo que le dejen seco; pues mira tú ahí, me dije, que la señora infanta se queda viuda y se casa con mi capitán: agárrome á la ocasion, con la infanta me voy, es menester que mi capitán sepa lo que pasa antes que llegue, para que esté sobre aviso y acabe de volverla loca.

—Habeis caido en una equivocacion grosera, señor Zancudo, y habeis acabado de disgustarme, dijo Zayda Fatima.

—¿Equivocacion grosera! exclamó Zancudo un poco picado: ¿amareis acaso á otra?

—Eso no os importa á vos, exclamó Zayda Fatima un tanto irritada por el acento singular que habia dado á sus últimas palabras Zancudo, acento en que se veia clara por un no sé qué, la sospecha de que el caballero del Aguila Roja estuviera enamorado de una alta persona; sin embargo, para evitar juicios temerarios, sabed que yo no amo á nadie, porque tengo hecho voto de castidad.

—¿Cáspita! perdone vuesa merced, que no habia yo podido figurarme tanto. ¿Y qué va á ser de doña Juana Nuñez de Lara? ¿Pobre señora!

—Callaos, que puede ser que me convengan esos amores, dijo Zayda Fatima.

—Si me castigais á sangre como me habeis amenazado, saltó Zancudo agarrándose á la palabra, hartó callaré.

—Os perdono, en gracia á que todo, aunque al revés, lo habeis hecho con buena intencion: pero decidme: ¿cómo está su señoría? ¿está triste, desconfiada?

—Su señoría confía en Dios, á lo que he visto, porque va rezando de iglesia en iglesia con el rey; yo la encontré cuando salia de San Pablo de rezar al Santísimo Cristo de los Desamparados.

—¿Y que al Padre de los Desamparados se vea obligada á ir, ella que es madre de todos los que no tienen amparo! Dios es misterioso é incomprensible, cuando permite que una tan buena señora se vea en tales tribulaciones. ¿Y qué dicen los de Valladolid?

—Cuando yo llegué habia mucha gente y todos aclamaban

á grito herido á la reina: pero ¿quién fia? el *pópulo bárbaro* aclama todo lo que reluce: ¡lanzas y mas lanzas! ¡sangre y esterminio! no hay que fiar en aclamaciones; en cortándoles á todos los enemigos las cabezas, se puede dormir tranquilo: no, si no, ándese vuesa merced con blanduras con esta gente que está á la que salta, y que son capaces de tragarse al *sursum cordam* si les va en ello dos maravedises: ¡rayos y truenos!

—Ya sabeis que no me gusta que voteis, Zancudo, que estais muy mal educado y se os va la lengua.

—Perdone vuesa merced, que se me habia olvidado que es menester hablarle como quien habla con una doncella: perdóneme vuesa merced, pero no puedo irme de la mano; digo todo lo que tengo sobre el corazón, y como el corazón es un tonto, es muy posible que diga sandeces: vaya si estaba yo temblando de hablar mucho con la reina, de miedo que se me fuera alguna tontería; porque como es tan llana y alienta tanto á los que con ella hablan, le parece á uno que está hablando con su madre, y allá va eso.

—La reina es muy buena y lo que quiere son corazones leales, lo demás importa poco. Pero ya que conoceis vuestro flaco, refrenaos como refrenais á vuestro corcel para que no os meta en mala parte, y bueno es que el hombre conozca de qué pié cojea, por que así está cerca de la enmienda.

—Verdad es eso, pero condicion y figura hasta la sepultura, y así me echó á mí al mundo mi madre, y así he de morir: y si por mi franqueza me sucede alguna cosa mala, no habrá mas que tener paciencia y aguantarse por Dios; pero en fin, la verdad del caso es que su señoría está muy apurada, que el nublado se le viene encima, y que yo para ver si descargo un poco ese nublado, voy, si me dais licencia, á levantar nuestro campo y á irme sobre el de los aragoneses á ver si cojo á los infantes don Juan, don Pedro y don Alfonso, que como los coja, ya haré yo que se arme un revoltillo en el que se queden alanceados como toros, que perro muerto no muerde, y esa es la verdad, y todo lo demás es andarse por las orillas.

—Id, dijo Zayda Fatima, y si lograis lo que intentais, yo

haré que la reina os haga tanto como nunca habeis podido soñar.

—Pues á la mano de Dios, y no me detengo ni un momento, señor, que todavía queda la tarde entera, y anochece tarde y se puede hacer mucho.

Y Zancudo salió, recogiendo en la antecámara al Zurdo y su satélite.

—¿Y no me presentais á vuestro capitan? dijo el Zurdo.

—Al nuestro direis.

—Es verdad, al nuestro: ¿pero por qué no me presentais á él?

—Porque ahora no viene á pelo; otro dia: vámonos á nuestro campo, y cuando esteis en él, vereis que nunca habeis visto otro campo mejor guardado.

Y Zancudo salió con el herrador, que podia llamarse su prisionero.